

ABANDONO DEL ESPACIO SOCIAL Y MIEDOS Una mirada a México.

Luis E. Ocampo Banda.
ocampobandaluis@gmail.com

Adolfo Lizárraga Patrón.
adolfolizarragapatron@gmail.com

Ma. Guadalupe Vargas Alvarado.
vargas.magpe@gmail.com

Universidad de Occidente.
Sinaloa. México.

RESUMEN

Los miedos, siempre difusos se instauran en los imaginarios de la sociedad Mexicana, recorren y se aposentan en plazas y avenidas, modifican de forma sustancial la cotidianeidad de los conglomerados. Avanza e impone su huella en las mentes de los individuos sin hallar resistencia. En el horizonte se vislumbra tan solo un Estado minimizado, un sindicalismo corrompido y corruptor y una elite política la cual no logra con su práctica de lobby y parlamentaria, sembrar certidumbre y certezas en las familias y la diversidad de espacios públicos. La sociedad navega al garete en contextos atemorizantes y sin dársenas en los cuales anclar. El miedo como emoción consustancial al hombre echa raíces en los niveles profundos de la subjetividad humana e impone formas de leer, ser y valorar las relaciones sociales y la interacción en los espacios tanto públicos como privados.

Conceptos claves: Estado. Miedos. Violencias. Control social. Espacio Público.

Introducción.

La sociedad mexicana peregrina por procesos de inseguridad extendida donde las instituciones habituales como lo son el Estado, la educación y la política han dejado de constituirse en agentes de pertenencia y promoción social al desatender y dejar en la exclusión a vastos sectores sociales, especialmente jóvenes carenciados de empleo, opciones educativas y de una activa aportación en la cimentación de los destinos en nuestras comunidades. El dispositivo de control social ha sido puesto en operación y constriñe la construcción y de una ciudadanía ágil y democrática. El individuo/colectivo anodino se ubica al centro en el concierto social.

El Estado mexicano se halla sumido en lucha frontal en contra del crimen organizado y el narcotráfico. Los saldos de la conflagración directa han dejado en el país un baño de sangre en el cual numéricamente se manejan cifras oscilantes superiores a los 114,158 homicidios dolosos al cierre del sexenio de Felipe Calderón Hinojosa,¹ se ha atiborrado de miedo y vacilación a millones de hogares.

Desapariciones forzadas de jóvenes, mujeres y adultos sustraídos de sus centros de trabajo, hogares, espacios de diversión, calles y avenidas en acciones provenientes del crimen organizado o bien, de los cuerpos de seguridad.

¹ INEGI <http://www.inegi.org.mx/default.aspx>

La maniobra militarista directa desde los pinos en contra del crimen organizado cultiva temor, violencia y retraimiento en las urbes, desde las cuales se mira con duda y suspicacia el accionar de un Estado encogido, endeble; frente a la fuerza de un antagonista corpulento, -fragmentado, pero dentro de esta parcelación articulado operativamente-, el cual cada día se nutre más de sectores excluidos, carentes de alternativas de educación, empleo dentro de la economía formal, y un horizonte encadenado a la incertidumbre y la fatalidad.

Coexistimos en un Estado menguado, Estado de derecho vulnerado en donde la realidad abofetea el rostro de individuos y sociedad con hechos violentos provenientes tanto del crimen organizado como de la llamada delincuencia común. Confrontación franca, política de conflagración, más no de seguridad nacional es la constante en el país. Guerra abierta en la cual el Estado mexicano se ve superado, por el crimen organizado quien con paso inequívoco se fortalece en municipios y “plazas”, hasta lograr erigirse en innegables formas no solo de vigilancia y control del poder representado por las autoridades políticas, en estados y municipios, en donde la delincuencia organizada logra construirse en incuestionable representación de contrapoder en amplios territorios. Así, imponen estilos de vida y comportamientos colectivos, y posiciona al miedo como un fuerte aliado en detrimento de la edificación de ciudadanía.²

Contribuye a la elaboración del escenario anteriormente descrito la existencia de 53.3 millones de pobres, quienes carecen de alguno de los 6 indicadores con los cuales se mide la pobreza, -rezago educativo, salud, seguridad social, vivienda, servicios básicos y acceso a la alimentación, ingreso insuficiente para satisfacer necesidades alimentarias y no alimentarias-,³ acompañadas de 12 millones en extrema pobreza y 13.7 millones de subempleados (vendedores de periódicos y revistas en cruceros urbanos, limpia cristales de autos, vendedores ambulantes de diversidad de mercaderías, lustradores de calzado). Amplias masas desprotegidas que engrosan día a día, y aparecen puestas a disposición de la delincuencia organizada.

Abandono del espacio público.

El género, la clase social, los apellidos, el lugar de nacimiento, las inclinaciones políticas, así como las preferencias religiosas, el barrio, la edad, las predilecciones musicales y deportivas, el lugar donde se cursó la educación básica o superior ubicaba a cada individuo en el seno de un conglomerado humano constituido por todos quienes lo comparten y, a partir de él, pueden reconocerse y sentirse vinculados por sentimientos, orígenes, orientaciones o experiencias e historias comunes.⁴

Sin embargo, la guerra al crimen organizado en el sexenio de Calderón, ha modificado sustancialmente los comportamientos y subjetividades individuales y colectivas, las identidades y los sentimientos comunitarios construidos a lo largo de las historias de vida son arrojadas del espacio público, se instaura un individualismo castrante, ausente de diálogo e interacción social. Esta desestructuración del entramado social lleva explícita, seguramente no de forma consciente, la coerción a la libertad

² OCAMPO Banda, Luis Ernesto (2012) *Sociología del cuerpo*. Compiladores: Winer, Ocampo, Salazar. Bs. As. Argentina.

³ CONEVAL Consultado el 2 de octubre de 2013 en: <http://www.coneval.gob.mx/Paginas/principal.aspx>

⁴ DELGADO Ruiz, Manuel (1998) *Dinámicas identitarias y espacios públicos*. Afers Internacionals, No. 43-44, pp. 19-33. Fundación CIDOB.

tanto individual como colectiva, a sentirse parte de una comunidad, al disfrute de lo público, la escuela, la circulación libre por las avenidas y plazas, la predilección y práctica de un culto religioso así como a la acción política.

Encontramos un sujeto desprendido de su entorno, con los referentes de identidad en crisis, en la desatención al negarse, por temor, a reconstituir los vínculos asociativos como dispositivos de pertenencia e identidad comunitaria.

Espacio público es un concepto resbaladizo, donde la polisemia de interpretaciones permite la amplitud del concepto a la ciudad toda, e incluye, por supuesto, geografía, opinión pública, centros o lugares de encuentro y convivencia, y de manera central sus habitantes cargados de historias individuales y comunitarias. Es el conjunto de individuos distribuidos en el espacio geográfico, la construcción de edificios, avenidas y plazas como áreas de resguardo de la historia y la cultura, distintivos donde se construyen y redefinen comportamientos y valoraciones con respecto de sí y los otros. Estructura urbana con múltiples usos donde se enlaza comercio y administración, recreación y esparcimiento. Centros comerciales y espacios simbólicos constituidos en referentes de identidad. En la ciudad se esfuma la individualidad, las personas pierden su independencia en lo colectivo por la transición de lo privado a la existencia pública. Keane⁵ al referirse al espacio público lo ubica como: la relación espacial de dos o más personas conectadas por la comunicación, acompañadas de controversias, relaciones de poder al interior de estructuras sociopolíticas adentro de las cuales se encuentran inmersos los individuos.

Podemos agregar en estos medios de información/comunicación las actuales formas de interacción referidas a la virtualidad, como lo son la Internet y las llamadas redes sociales, las cuales día a día han puesto de manifiesto su capacidad de convocatoria en movimientos sociales en países del mundo árabe, el movimiento de los indignados en España, y sus repercusiones en diversas latitudes del mundo como sucede en América Latina. Si bien es cierto la conflictividad vivida en cada región o país, amerita por sí mismo un estudio profundo de sus estructuras políticas y económicas, no menos cierto es el hecho de la fluidez comunicativa y su peso en las expresiones de tenacidad de diversos actores sociales movilizados.

Para Dascal⁶ el espacio público cumple dispares funciones entre las cuales se destacan dos: un ámbito libertario, de creación de discursos alternativos y elaboración de formas de contrapoder, recupera para ello a Habermas y la Teoría de la acción comunicativa. O bien, un espacio de control, donde el poder se impone y construye formas específicas de relacionarse en el contexto de lo público como anota Foucault. Así, el espacio público es entendido como lugar de conflictividad social en donde se dirimen los conflictos, las identidades y pertenencias sociales. El espacio elaborado como opción de deliberación democrática y formación de la denominada opinión pública.

Habermas desarrolla un complejo modelo filosófico sustentado en su aportación de la Teoría de la acción comunicativa, respaldada en el lenguaje procurador del diálogo entre los individuos, razón comunicativa ubicada por el autor en la esfera de la vida cotidiana o lo denominado por el ensayista como “mundo de la vida” en la cual interaccionan de manera permanente sociedad, cultura y personalidad. La llamada razón instrumental predomina en el mundo de la economía y del Estado o la política. En este momento la llamada lógica instrumental, es por cierto, quien regula al mundo de la vida.

⁵ KEANE, John (1995) *Structural Transformations of the Public Sphere*, en *The Communication Review*, vol. 1, núm. 1, San Diego.

⁶ DASCAL, Guillermo (2003) *Reflexiones acerca de la relación entre los espacios públicos y el capital social*. Mimeo. Santiago

La resignificación del espacio público se edifica desde una lectura de autonomía convocante de nuevas racionalidades, múltiples e incluyentes dirigidas a cimentar consensos comunicativos donde se tracen opciones colectivas y se fortalezca la práctica democrática. El espacio público cual esfera de diferenciación de la vida en colectivo. Lo público pensado como área de debate, de encuentro entre los disímiles actores de la sociedad civil donde se ejercita la democracia y se da un lugar al atrevimiento en el ejercicio de la política y la construcción de intersubjetividades.

Las ciudades se globalizan y el espacio público se internacionaliza, se reordena lo público-privado. Las mercancías se producen en forma deslocalizada, el gran capital financiero y especulativo maneja factorías y maquiladoras en cualquier punto del planeta. La eurozona, los tratados de libre comercio en América hacen expedita la circulación y el consumo de bienes en cualquier región del mundo.

Así, la sociedad toda se encuentra en proceso de redefinición, no solo en los mercados y los alcances de los mismos, también las microestructuras de pertenencia como pueden ser la familia, los grupos de amigos, los clubes sociales carecen del aliento suficiente para tejer el hilo roto dejado por los miedos. La incertidumbre reinante en la espacialidad, niega al individuo la recuperación del espacio público, se deja de asistir a convivencias de integración y se prefiere la protección del hogar ante la inseguridad recurrente en la ciudad. Las prácticas materiales y simbólicas de consumo se muestran impactadas por las tendencias de seguridad impuestas por el mercado.

El consumo es orientado a productos de subsistencia, seguridad personal y del domicilio particular por sobre el consumo destinado a lograr la diferenciación monetaria y de ingresos propia de los inicios del presente siglo. El estatus proporcionado en otros momentos por el uso de una marca de automóvil, vestido o calzado, hoy es superado por la necesidad de seguridad y protección. Así, el miedo vuelve horizontal al individuo en los espacios públicos.

Cabe anotar, el consumo se erige como uno de los últimos reductos en la construcción de lo público, lo colectivo es diluido, la calle, la plaza se abandonan mientras la Internet y la comunicación digital se aposentán en los hogares, aun en los espacios más íntimos dentro de la vida familiar. El miedo ha dotado de nuevas prácticas sociales a las unidades familiares.

Del dato a las nuevas subjetividades.

Escenario oscuro, horizonte sin color enfrentan los ciudadanos ante un Estado cada día más circunscrito, minimizado en sus funciones de garante de bienestar público, donde la resignación y la apatía se transforman en formas de asumir un derrotero prefigurado y amarrado al fatalismo.

En México las cifras de la delincuencia se incrementan a pesar de los aparentes nuevos sistemas de seguridad, así, tenemos que de acuerdo a la encuesta 2012 sobre victimización en el país se presenta un incremento de 16.9 de víctimas del delito. Poco más de 21 millones; 35 mil por cada 100 mil habitantes acepta haber sido objeto de algún acto delictivo. Aderezan las anteriores cifras 105 mil 91 secuestros durante el mismo periodo.

De igual manera, dentro de los primeros meses de la gestión de Enrique Peña Nieto se registra un total de 4.007 desapariciones forzosas, acompañadas de una migración en los tipos de delitos, en donde los homicidios dolosos van a la baja en tanto los secuestros y extorsiones presentan una significativa alza.⁷

⁷ Consultado el día 06 de Octubre en: <http://www.sinembargo.mx/?s=victimizaci%C3%B3n+inegi>

Resignación y pasividad de cara a un paisaje confuso, donde el individuo y los colectivos, tal pareciera, se encuentran incapacitados para tomar las riendas de su destino y escribir una historia distinta de la prefigurada.

La inseguridad termina por negar los derechos de las mayorías, a la par, se constituyen en factores de pasividad, donde queda de manifiesto la incapacidad de por sí mismo superar escenarios inciertos. Así, los miedos se tejen en una malla de relaciones sociales sustentadas en un sistema de valores y creencias desde donde se nutren las actitudes, y se da dirección a las actuaciones al interior de tramas socioideológicas específicas.⁸

La construcción social del miedo se sustenta en el uso sistemático de los medios de información al cimentar opinión pública. Así, los medios de información y comunicación contribuyen a crear el debilitamiento de las redes comunicantes de la sociedad, se apuesta por la instauración de la desconfianza y la fortaleza del clima de inseguridad, consecuencia del rompimiento de los lazos comunitarios.

El clima emocional de miedo rápidamente transmuta en una cultura del miedo, la cual impregna, vía la porosidad social, al conjunto de individuos los cuales son lastimados por el efecto del miedo, sea en reacciones corporales o bien, mediante anodismo social.

“Dejarse atrapar por las culturas del miedo supone la rendición individual y colectiva ante las crecientes incertidumbres generadas alrededor de la cultura del riesgo y de las contradicciones extremas de la globalización capitalista. Las consecuencias perversas del miedo afectan la confianza de la ciudadanía que se convierte en víctima, la credibilidad de las instituciones democráticas que ponen en cuestión su legitimidad y, en última instancia, al conjunto de los sistemas democráticos, incapaces de rearticularse atrapados en la jaula de hierro de la (in)seguridad. Un peligro potencial radica precisamente en que se generan nuevas modalidades de exclusión social en que las comunidades refugio se impongan como protectorado para promover las diferencias de los que están a salvo y los “otros”.⁹

Diálogo y comunicación se inhiben, no asisten más al encuentro entre desconocidos, la suspicacia comunitaria se anida en los espacios abiertos y semipúblicos, todos nos leemos a todos como posibles portadores de actitudes o actos amenazantes o delictivos. El miedo domina el comportamiento e impone recelo, dudas. La subjetividad colectiva apunta a desconfiar del otro, él todo es peligroso. El miedo se posesiona en la construcción de imaginarios cargados de desesperanzas y escenas catastróficas frente a un Estado desactivado para la edificación de identidad, el cual ha perdido su capacidad de garantizar la vida, la propiedad y la paz social en el conglomerado.

El soberano, el príncipe se encuentra maniatado para ofrecer a sus vasallos lo otrora constituido en una obligación y un derecho respectivamente. El Estado debe “amansar” al lobo del hombre, contener la guerra de todos contra todos al instituirse en garante de paz y seguridad en la diversidad del espacio público, donde el miedo no debe ser más un factor de contención para la convivencia social. Excepción presentada en

⁸ OCAMPO, Ibid.

⁹ FERRÉ Coma, Jordi (2005) *Comunicación de riesgo y espirales de miedo*. Comunicación y Sociedad. Nueva época, No. 3, enero-junio, pp. 95-119.

caso de encontrarnos frente a un Estado mermado en sus capacidades vinculantes y de gobierno. Como anota Borja:

*“Miedo a las incertidumbres globales y locales, a las amenazas que se ciernen sobre los ciudadanos de violencia difusa y de catástrofes ambientales futuras. Miedos vinculados a la precariedad en el trabajo y en los ingresos. Miedo al estatus legal en unos casos y al estatus social en otros, tan precarios como el trabajo. Miedos por vivir en áreas urbanas sin límites precisos, sin vivienda garantizada, sin integración, en ámbitos de convivencia securizante. Miedos a los otros, por desconocidos y por distintos, por competir por bienes escasos, por ser agresores potenciales. El miedo a los otros conduce a la segregación, se combina con el afán de distinguirse y de protegerse”.*¹⁰

La diversidad en el espacio público nos enriquece, no puede, ni debe ser suprimida, a pesar de la cultura del miedo diseminada a lo largo de la corteza social. El miedo es una emoción confeccionada de forma sociohistórica, referida a la aceptación de un peligro real, de la posibilidad efectiva de sufrir un daño corporal o psicológico en tanto la violencia es un comportamiento, es conducta, se ejerce o experimenta.¹¹ Y, ambas tienen como finalidad la inmovilidad social.

El miedo lo siente el afectado y tiene claridad del origen del mismo. La violencia puede ser la contra cara del miedo paralizante, frente a la seguridad de la presencia del agente generador del miedo, sea el individuo, o el conglomerado de estos, bien pueden manifestarse con acciones reactivas en donde la expresión de temor se traduce en actos violentos y de autoprotección como puede ejemplificarse en los linchamientos colectivos, en los cuales después de la pasividad y/o la huida, se pone de manifiesto la ira, la venganza y el cúmulo de frustraciones almacenadas en la vida cotidiana, al desembocar en la justicia por propia mano.¹² Acción directa la cual busca aniquilar, de manera consciente o no, los orígenes y expresiones del miedo.

La inseguridad ciudadana es la constante en nuestra sociedad globalizada, la ausencia del Estado de bienestar, la disminución de la seguridad social y laboral en un mercado cada día más deprimido, un individualismo obsesionado, exasperado en donde la desigualdad incremental ensancha la percepción de desamparo.

El gasto o inversión en seguridad en lo público y la vida privada se incrementa cual prioridad, en tanto el imaginario social e individual de inseguridad no transita a la baja, por el contrario, se fortalece la sensación de vulnerabilidad. Así, de frente a un mayor despliegue de cuerpos de seguridad, corresponde una percepción incremental de inseguridad, paradójicamente mientras más se acrecientan los gastos y la presencia de cuerpos de seguridad en el espacio público éstos siempre han de aparecer como insuficientes. Se debilitan aun más los frágiles lazos de la convivencia social en tanto el miedo permanece inequívoco.

Decapitados, tortura, desmembrados, muerte y extorsión se han constituido en hechos sociales que acompañan la cotidianidad en este caminar fangoso, saturado de

¹⁰ BORJA, Jordi (2008) *Miedos, segregación y mercado en la sociedad globalizada*. Revista Nueva Sociedad. No. 213, enero-febrero.

¹¹ LINDÓN, Alicia (2008) *Violencia/miedo, espacialidades y ciudad*. Consultado el día 28 de octubre de 2011 de: http://www.uam.mx/difusion/casadel tiempo/04_iv_feb_2008/casa_del_tiem po_eIV_num04_08_14.pdf

¹² FUENTES Díaz, Antonio (2011) *México en fragmentos: violencia, miedo y linchamientos*. El Túnel del miedo. Compilador. Luis Ernesto Ocampo Banda. Ediciones Temas Estratégicos. Bs. As. Argentina.

incertidumbres y miedos.¹³ La razón de ser del Estado y del gobierno cual formas de protección a la ciudadanía en contra del crimen organizado no logra por la vía de la confrontación abierta, controlar los embates día a día más sanguinarios del crimen organizado.

Realidad cubierta con altas porciones de violencia que hacen vibra a la sociedad entera, el trasiego de droga y el enfrentamiento entre distintos cárteles del crimen organizado por la apropiación de “plazas” se ha transformado en un proceso desvergonzado, el cual desborda crueldad inhumana impresa en cada “ajusticiamiento”, o desmembramiento del cuerpo.

El acto monstruoso busca mandar un mensaje intimidante a los grupos contrarios, desafía públicamente a los cárteles enemigos, así como también al Estado mexicano y trasmite el recado a la sociedad toda sobre la capacidad de movilización, complicidad, organización e impunidad en la cual opera el conjunto del crimen organizado. El miedo se convierte en fiel escolta, nos custodia a lo largo de nuestros días, instaura subjetividades desde donde se ha de articular la cotidianidad.

La autoexclusión en el uso del espacio público, la segregación físico-espacial conlleva la modificación de hábitos cotidianos, las conversaciones tienen como eje una lectura dicotómica de bueno-malo, seguro-inseguro, al interior de los espacios privados se construyen barreras simbólicas que terminan por ser convertidas en límites emocionales para con los diferentes, los otros. Se rechaza la calle, el espacio abierto o público, la inclusión-exclusión se transforman en procesos donde solo un inapreciable grupo de personas y lugares son estimados seguros, la ciudad toda se ha vuelto intimidante. El paisaje urbano se modifica en proporción directa a la sensación de miedo percibido en calles y hogares.

Nuevas realidades se hacen manifiestas en la vida cotidiana, sin embargo son realidades no discutidas en el espacio público, crece la agenda pública en proporción directa a la ausencia de reciprocidad dialógica en la sociedad. El espacio público pierde a la hora de desempeñar su antiguo rol de lugar de encuentro y confrontación entre los intereses privados y los asuntos públicos. Víctimas de las tendencias de individualización, las personas son sistemáticamente despojadas de sus derechos civiles, políticos y sociales, de su ciudadanía.

Tener en cuenta, el individuo solo deja de ser súbdito y se transforma en ciudadano en la medida de su auto reconocimiento como sujeto de derechos y obligaciones, el cual pugna por la garantía, y el ejercicio de sus derechos conquistados en el transcurso de luchas de generaciones a lo largo de la historia.¹⁴

La edificación de ciudadanía se encuentra enlazada a la demanda y defensa de derechos, a la capacidad de expresión pública, al reclamo a la autoridad constituida, acciones sustentadas en el encuentro y diálogo entre los individuos. En sociedades en situación de guerra, como la vivida desde poco más de 6 años en México, el diálogo se encuentra omitido, la violencia coarta la comunicación y el encuentro, la sociedad se aproxima peligrosamente al ostracismo, se vuelve anodina, en tanto se incrementa lo cruel y sanguinario del crimen al incorporar de manera consistente el decapitar e incinerar los cadáveres, cual forma de atemorizar a la sociedad en general, y a grupos rivales en particular. El cuerpo como lienzo es despedazado en el convencimiento de la remisión adecuada de mensajes atemorizantes.

Vivimos toque de queda auto impuesto donde el comercio establecido baja sus cortinas al caer las primeras horas de la noche por miedo a la delincuencia. La violencia

¹³ OCAMPO, Ibid.

¹⁴ BAUMAN, Zygmunt (2002) *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

y el miedo son contrarios al espíritu democrático, impiden la libertad de expresión, de toma de decisiones, de transitar por los espacios públicos y construir comunidad, de reflexionar colectivamente sobre lo significativo a un conjunto de ciudadanos quienes ante el temor de ser víctimas de algún delito apelan al silencio y la reclusión voluntaria frente a los referentes reales o alarmistas de violencia.

Así, los espacios públicos por excelencia son percibidos como de alto riesgo por la población, en consecuencia, no recomendables para su tránsito o permanencia. La fisonomía de movilidad interurbana impacta y modifica al conjunto de relaciones sociales. Las iglesias y templos, así como las escuelas ocupan un lugar central en la percepción de inseguridad, “aparatos ideológicos del Estado” cuestionados por su incapacidad de generar ambientes propicios para la reproducción ideológica dominante. Las formas de diversión y esparcimiento se alteran, la población prefiere horarios diurnos de recreación por sobre la salida a bares por las noches, se opta por reuniones en domicilios privados, se deja de lado la asistencia a espacios públicos, los cuales en esta dicotomía de seguros-inseguros, son ubicados en esta última cualidad.

Las zonas peatonales se han transformado gradualmente en áreas despobladas por la carencia de visitantes al posarse la noche, la ciudad ha dejado de ser amable para con el peatón, el individuo no disfruta la calle, más bien es un inconveniente, una obligación a recorrer en el menor tiempo posible. Dejó de constituir el espacio para el encuentro y tránsito, el individuo cuestiona la apariencia física de cualquier otro transeúnte, -a la vez, el mismo es cuestionado por el otro-, es puesta en duda la honestidad del diferente por ser un potencial facineroso.

Se pugna por mantener un “bajo perfil” en la adquisición de vehículos, la forma de vestir se torna casual, la ausencia de alhajas sobre el cuerpo pretende hacer desaparecer los diversos extractos de clase sobre la cual se da sentido al mosaico económico en la ciudad. El sustento subyacente a la horizontalidad en lo público hace referencia a formas de protección por mimetismo, cual forma de volverse invisible frente a la criminalidad rebosada.

Colectivo anodino y miedos.

El miedo se ha convertido en un recurso estratégico para el control social, encarna la vocación de individuos o colectivos y/o del Estado, de imponer una visión hegemónica de mundo y realidad, en sintonía con un modelo de acumulación depredador, con marcada tendencia al cultivo de las desigualdades sociales. Se vive el miedo a la autoridad, y la violencia es labrada en las cunetas de la diferencia (Balboa Jaume: s/f) social.

Militarización de los espacios públicos, policialización del Estado, es la cotidianidad en México. Rondines de convoyes militares y policíacos en zonas urbanas y rurales se incorporan y dotan de nuevos significados el paisaje habitual, cual formas de recuperar la seguridad pública en una nación cruzada por escenarios de guerra, donde el discurso oficial y mediático insisten en señalar que no existe guerra, sino lucha contra el narcotráfico y crimen organizado, eufemismo con la cual se pretende minimizar un ambiente anárquico, el cual ha colmado de luto miles de hogares.

Escenario convulso se vive en México, donde día a día se hace ostensible la incapacidad del Estado para enfrentar los retos y desregulaciones impuestas por la globalización a nuestra sociedad, las violencias se recrean en contextos en donde de manera persistente los lazos constructores de identidad se desdibujan por el impacto del neoliberalismo. Actualmente se transita por escenarios convulsos en los cuales el paisaje se enriquece

con novedosas formas de interacción en lo social, y se conceden nuevos significados a la convivencia pública.¹⁵

Solo la intervención organizada de la ciudadana puede superar lo endeble de las instituciones, el Estado se halla desgastado, los canales trasmisores de derechos se encuentran colapsados, cercados por la corrupción, en tanto los colectivos viven políticas sociales las cuales terminan por robustecer la burocracia, más no la protección a los derechos de las mayorías.¹⁶

Apremiante se presenta la necesidad de organización social, de fundar espacios de contrapoder opuestos al crimen organizado, que posibiliten el rescate del espacio público y encontrarse en condiciones de reclamar al Estado el acumulado de derechos dilapidados por acción u omisión del ente político, y la voracidad de los poderes factuales.

Imposterizable se presenta el cambio de lentes para lograr la comprensión del miedo como estrategia de control social. Los miedos tiene incuestionablemente usos y fundamentos políticos, de exploración para el diseño de prácticas de control social; a partir del poder se estigmatiza a efectivos y potenciales enemigos, se los exhibe como peligrosos, inconformes, reacios al cambio o al estado de orden. Se les excluye y procura su exterminio social; quien cuestiona las operaciones de seguridad y de militarización del territorio nacional por parte del gobierno, termina por ser etiquetado como un asociado de la delincuencia organizada.

El miedo como ideología del Estado muta a constituirse en política de Estado. La violencia forja violencia en proporción igual a la cual el miedo se transforma en generador de nuevos miedos. La angustia es tan significativa como su represión, de ahí el valor de impulsar y administrar nuestros temores, sin embargo, el individuo es más propenso a permanecer en vigilia, en espera del infortunio y distante de la acción reivindicadora. La seguridad pública policializada se privilegia por sobre los derechos civiles, políticos y sociales, de ahí, que la ciudadanía acepte el demerito de sus elementales derechos en aras de eximia seguridad.

Los medios de información y comunicación estimulan un clima de miedo, vulnerabilidad e inseguridad, se busca con ello imponer de facto un Estado de excepción fructífero para quienes detentan el poder. Las libertades en general se acotan, menos, por supuesto, las libertades del mercado.¹⁷ La lógica de mercado a toda costa busca imponerse en los imaginarios colectivos de los individuos, justifica la sustracción a las conquistas laborales y pugna por eliminar derechos y dejar al individuo en una situación de indefensión laboral, como social e ideológica. La postura es por edificar un sujeto des-mentalizado, carente de capacidad para reconocer sus derechos y los mecanismos para lograr una maquinaria gubernamental en movimiento a su favor.

Cotos residenciales y portones electrificados, cuerpos de vigilancia y seguridad privada, miedo al otro, pérdida de lazos sociales constructores de sociedad, un Estado ausente en la formación de comunidad, sindicatos y sistema educativo que han dejado de ser referentes de promoción social; desintegración familiar y segregación urbana en el centro de la violencia, los miedos anidados en los individuos. Barrios marginados desprovistos de recursos y servicios públicos, en donde la estigmatización incremental en los medios de información masiva los estigmatiza gradualmente en zonas degradantes para los individuos habitantes del espacio demarcado. Exclusión y segregación abonan sistemáticamente a enraizar los miedos.

¹⁵ OCAMPO, Ibid.

¹⁶ CHAUÍ, Marilena (1995) *Convite à Filosofia*. São Paulo. Editora Ática.

¹⁷ OCAMPO, Ibid.

El miedo paraliza o moviliza al individuo, libera o constriñe según el momento histórico en consonancia con las experiencias acumuladas por el colectivo. Como producción social nos hace patente su omnipresencia, y permite atisbar la oportunidad para transformar la coerción en instrumento de ennoblecimiento.

Tramas en donde el miedo, la percepción de inseguridad y la violencia misma se incrementan y obligan a las familias a asumir diversas maniobras de sobrevivencia, de protección y búsquedas por exorcizar el miedo que se cuele por las grietas y rendijas en los hogares.

Ofertar seguridad pública y ejercer la violencia es monopolio del Estado, no del mercado, por ello al ceder espacios a la actividad privada en áreas de seguridad se hace evidente la incapacidad del Estado para enfrentar de manera efectiva, contundente la espiral delictiva asentada en el territorio nacional, asimismo es notorio, el poder no descansa más en el Estado.

El Estado, trasmutado en garante del mercado, criminaliza la pobreza –al igual que la protesta-, he impulsa de forma inquebrantable, vía modificaciones legales, o bien por el uso de los medios de comunicación, el recogimiento de los derechos conquistados por los ciudadanos. Asimismo el pobre, excluido, el indigente es visibilizado como parte de un enemigo amorfo, multiforme y peligroso el cual prolifera por las ciudades, y pone en riesgo la seguridad física y patrimonial de habitantes y transeúntes, tanto como de la imagen visual de “pulcritud”.

Las diferencias socioeconómicas exponen una mayor brecha, el Estado se manifiesta incapaz de contener la exclusión y la estigmatización de personas y zonas urbanas. En las calles y avenidas se vive con temor, miedo ante el encuentro con un desconocido quien indudablemente es una persona violenta y de la cual es preciso escabullirse; los hogares deben ser protegidos y realizar novedosas medidas de seguridad, para lograr reducir la posibilidad de ser “datos” de la violencia. El hogar se ha convertido en la última fortificación de seguridad en un mundo contingente.

En nuestros días, toda acción de protección desplegada por la ciudadanía es a su vez generadora de modificaciones en el comportamiento social, las nuevas relaciones sociales se construyen en los marcos de la desconfianza, la agresividad y el individualismo. Los espacios públicos se abandonan, se menosprecian como centros de expresión y de reunión comunitaria, en tanto en la ciudad, prosperan las “murallas urbanas”, las cuales segregan de la vida social, de “los otros”, el otro inexistente, no corpóreo, se desmerita así, la praxis para la edificación de una ciudadanía reclamante y en actitud de salvaguarda de sus derechos y conquistas.

El miedo disloca la vida cotidiana del individuo, se muestra sin referentes ni coordenadas rectoras en su existencia interna. En el plano social, la fractura de la persona consigo misma lo arrastra al rompimiento de relaciones comunitarias en los conglomerados, el llamado “mundo de la vida” se escurre de entre sus manos, mientras el individuo se encuentra a la búsqueda de puntos de referencia de los cuales poder asirse para lograr dar sentido a su vida en una comunidad cada día más transgredida.

El domicilio particular se despliega como el último depósito de seguridad, sinónimo de protección mediante la incorporación de dobles cerraduras y candados en las puertas, enrejados electrificados, cotos residenciales con portones eléctricos y vigilancia contratada ex profeso. Privatización de calles mediante la organización de los vecinos como formas elementales de seguridad frente al incremento de delitos. Se vive la modificación sustancial del paisaje urbano, de las subjetividades y comportamientos cotidianos acompañados de la reducción de la sociabilidad en demerito franco a la elaboración de sentido comunitario.

Retos del escenario.

Sociedad anodina cubierta por la violencia y el miedo donde se aborta la construcción de ciudadanía participativa, de participación organizada e independiente del Estado y partidos políticos, y la capacidad dialógica se muestra frenada medularmente por cuatro factores: en primer lugar se anota a los medios de información/comunicación; los cuales atiborran de imágenes y sonidos catastróficos la imaginación de los escuchas y videntes, la “rumorología” aporta confusión e incertidumbre sobre hechos reales o ficticios, pero manejados como ciertos en tanto más violenta sea su descripción. En un segundo lugar se consigna al narcotráfico y el crimen organizado quienes saturan de muertes, secuestros y extorsiones a la sociedad mexicana e incrementan de forma consistente, la saña puesta en cada desmembramiento como mensajes a ser decodificados no solo por los integrantes de grupos rivales, sino también por el gobierno en turno y la sociedad en su conjunto. En tercer lugar es necesario considerar el menoscabo permanente de los derechos de las mayorías, prerrogativas conquistadas en el transcurso de luchas históricas, hoy, amplias masas muestran su disposición a permitir la reducción de derechos, a cambio de la oferta vana, de incrementar los niveles de seguridad. Por último, la existencia de un Estado ostensiblemente endeble y rebasado por la delincuencia organizada en su estrategia de guerra directa; sin dejar a la vera del camino los dividendos obtenidos por el poder político y económico, como consecuencia de una sociedad enferma de miedo, en constante búsqueda de securitización.

Las altas dosis de violencia emanadas del crimen organizado dejan al desnudo la minusvalía del Estado mexicano, develan la desintegración institucional, y pone al descubierto la infiltración de la delincuencia organizada en los diferentes niveles de gobierno y en los cuerpos de seguridad pública. Hoy, se presenta como una necesidad imperativa la recuperación del quehacer organizativo y dialogante de las mayorías, como estrategia de ciudadanizar/recuperar, el espacio público y el Estado.